

Estoy lejos de León y de Vela Zanetti. Del pintor, castellano y leonés -aquí la conjunción es esencia- estuve aún más lejos por aquellos apretados inviernos de la alta postguerra, cuando aprendí su nombre a través de la radio única en las emisiones cremerianas de arte y literatura que tenían como sintonía, creo recordar, la Sinfonía del Nuevo Mundo de Dvorak.

Luego, el artista volvió a su tierra, se nos apareció en carne mortal, y al igual que cientos y miles de nuestros paisanos me dejé atrapar por un hálito de seducción que nació con el personaje y que va a acompañarle mientras ande por este mundo, quiera Dios que por muchos años. Llegó y nos trajo un arte grande, la solidez y las magnitudes que nos hacen pensar en los más altos nombres del Renacimiento. Y por si fuera poco, sabía -sabe- decorar su propia obra con un don de la palabra que sólo se encuentra en el verdadero poeta.

Estoy lejos, digo, al escribir estas líneas de homenaje que no confiaré al fax ni a otras electrónicas, mejor al celo antiguo d los carteros. Pero no lo estoy tanto, si levanto mis ojos al encuentro, en la pared de enfrente, de una compañía que es consolación. Puede que tenga un metro por setenta centímetros. Es una "paternidad". Un hombre recio al que envidio su mirada, sus grandes manos hacedoras y, más que nada, el hijo que vive en el cuadro, que está creciendo en el cuadro. Al pie, firma Vela Zanetti, y la hora del anochecer se hace más llevadera.

Antonio Pereira